

Discurso Día Internacional de la Paz
Fondo de Paz, Washington D.C., 21 de septiembre de 2010
MAPP/OEA

Buenos días, agradezco al Fondo de Paz por extenderme esta invitación para compartir con ustedes algunas reflexiones sobre nuestra experiencia en Colombia. En primer lugar, permítanme un minuto para hacer un reconocimiento especial en primer lugar a todo el equipo de la MAPP/OEA por su amor con Colombia y en especial a mi antecesor, quien tenía que estar hoy aquí y que por razones personales no pudo asistir. Quien mejor que él para contar la experiencia de la MAPP/OEA. Por eso muchas de las cosas de mi intervención son parte de su propia experiencia, de sus pensamientos que se fueron desarrollando durante sus 20 años de trabajo en la OEA. Sergio Caramagna, un hombre comprometido con la OEA y con la paz, comprometido con las personas más humildes. Un gran maestro para todos los que estamos trabajando en el difícil pero apasionante camino de apoyar a nuestros países en el logro de la paz y que ha sentado los principios y valores que hoy seguimos aplicando en la Misión en Colombia y que con el liderazgo y la guía del Secretario General José Miguel Insulza la estamos transformando en una misión mucho más institucional y moderna para enfrentar los desafíos venideros.

Hoy quisiéramos compartir con ustedes a lo largo de estas palabras básicamente tres ideas de nuestra experiencia en la MAPP:

La primera es el hecho concreto que muestra a una organización que se compromete con los países y que está dispuesta a trabajar de la mano con ellos para superar los problemas.

La segunda tiene que ver con la filosofía y los principios que nos motivan a acompañar este tipo de procesos y que a veces va más allá de las teorías de resolución de conflictos y,

La tercera son las características de una misión con esta.

La Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la OEA surge en febrero de 2004 con una solicitud del gobierno colombiano para que la OEA, acompañara el proceso de diálogo,

desarme y desmovilización de los grupos de autodefensas y realizara un acompañamiento amplio y flexible a los esfuerzos de paz del País.

Hay que resaltar que cuando se inicia el mandato de la Misión, ya habían comenzado los diálogos entre el gobierno colombiano y las Autodefensas Unidas de Colombia y se habían producido dos desmovilizaciones. Una en noviembre del 2003, que fue el Cacique Nutibara de Medellín y la otra en diciembre de ese mismo año que fueron las Autodefensas Campesinas de Ortega en las montañas de Cajibío (Cauca), tal vez el ejemplo de autodefensa campesina indígena más puro sin contaminación con el narcotráfico que nosotros hemos podido ver en el país.

Posteriormente, durante 2004, y ya en el desarrollo del mandato, con los acuerdos de Santafe de Ralito firmado entre el Gobierno y las Autodefensas y el inicio de una desmovilización que a juicio de la OEA y por la experiencia vivida en procesos similares, la experiencia colombiana en número, la dimensión de los desmovilizados no tiene precedentes.

El inicio de la Misión se dio en un contexto difícil y polarizado, con un precario apoyo de la comunidad internacional y fuertes críticas desde varios sectores con relación al proceso y a nosotros mismos. Es más, inicialmente hubo organizaciones nacionales e internacionales que negaron que las autodefensas se hayan desmovilizado. La OEA decidió sumarse al proceso, y entendió desde el principio que su rol era acompañar al país asumiendo los riesgos que ello implicaba, sin prevenciones ni reparos, Colombia necesitaba como dijo el ex presidente Lagos en la Asamblea del 2003, que hagamos algo concreto y la materialización de esta misión fue ese gesto concreto y solidario, que a pesar de las dudas, asumieron los países miembros de la organización. Este es el gran mensaje de la OEA en Colombia que marco la diferencia y mostró la coherencia de la organización.

Por lo tanto, la palabra clave del mandato de la Misión de Apoyo al Proceso de Paz, es **ACOMPANAMIENTO**. Esto quiere decir que la Misión no llegó a Colombia a hacer un Proceso, fue invitada a participar en él. Cuando la Misión llegó a Colombia, conoció de las experiencias de paz anteriores, de otros procesos de desarme y desmovilización desarrollados en Colombia, de los esfuerzos del gobierno nacional, de los gobiernos departamentales y locales y de muchos colombianos y colombianas por generar acciones

para la paz y la resolución pacífica de conflictos. Nosotros llegamos a sumarnos a ese esfuerzo iniciado por los colombianos y a apoyar sus decisiones para lograr, en lo posible, un mejor impacto del Proceso que se iniciaba.

Sabíamos que el camino no era fácil, en un Proceso que nació entre muchos interrogantes, y como decía, que fue altamente cuestionado. Sin embargo, decidimos apostarle porque en él visualizábamos, en el corto plazo una oportunidad para reducir los niveles de violencia y en el largo plazo, una opción para las víctimas y para la reconciliación. Era la primera vez que una organización internacional participaba en la verificación de un proceso de paz de esta envergadura en el país.

En el marco de este acompañamiento, surgen 4 ejes principales de trabajo que vincularon a la Organización de los Estados Americanos con Colombia a través de esta Misión, y que quiero que ustedes conozcan.

El primero de ellos es el apoyo a todas las iniciativas que desde el Gobierno, las instituciones, las organizaciones sociales y el pueblo colombiano, se planteen en aras de la consecución de la paz.

En este tema, el Mandato es amplio y abarca eventualmente a otros grupos armados que en determinado momento puedan acceder a un diálogo o negociación con el gobierno colombiano. Sin embargo, el desarme y la desmovilización de los grupos armados sólo constituye un primer paso hacia la Paz.

El segundo eje de trabajo derivado de nuestro Mandato, es el monitoreo a la reintegración de los ex combatientes a la vida civil.

El tercer aspecto central de nuestro Mandato tiene que ver con el monitoreo de la aplicación de la Ley de Justicia y Paz, marco jurídico transicional elegido por los colombianos y las colombianas para judicializar las conductas punibles de los excombatientes de los grupos armados, mediante el que se facilita una rebaja de penas a las personas que voluntariamente colaboren con la justicia y ofrezcan a sus víctimas verdad y reparación.

El cuarto eje de trabajo y quizás el más importante en la construcción de la paz, es el acompañamiento a las comunidades y víctimas afectadas por la violencia, un acompañamiento que propende por la reconstrucción del tejido social en las zonas más afectadas por la violencia.

Estos ejes de trabajo, sin embargo, se apoyan en 4 principios fundamentales que no están en la letra fría del mandato y que son parte de la Misión: El primero es la *Solidaridad*, en el sentido de entender el problema del país también como un problema nuestro. El segundo es el *Respeto*, entendido como el reconocimiento de la historia, la cultura, las tradiciones y a las formas y tiempos que los colombianos tienen para abordar sus problemas. El tercero es el *Compromiso* de asumir los riesgos y los retos conjuntamente con los colombianos, no ir adelante diciéndoles jalonándolos, ni atrás tratando de empujarlos. Ir de la mano, caminando juntos y asumiendo los riesgos que eso implica. El último es la *Humildad*, porque la Misión no fue a decirles a los colombianos lo que tienen que hacer, sino que fue a sumarse a su proceso y por lo tanto fuimos a aprender, a escuchar y a acompañar sus iniciativas.

En ese sentido, las tareas de verificación y monitoreo que lleva adelante la MAPP en Colombia no son para fiscalizar, ni señalar culpables. Nuestro papel es señalar dificultades, de cuya superación depende que se pueda ir allanando el camino, y haciendo un poco más fuertes y poderosas las luces que se ven en el horizonte.

2. LA EXPERIENCIA DE LA MAPP

A veces explicar lo que está ocurriendo en Colombia en términos de las Autodefensas y de lo que se ha iniciado no es fácil y por supuesto comprendemos que entender desde afuera, sobretodo desde Europa y de Estados Unidos, es aún mucho más difícil. Se ha iniciado una pos-desmovilización con la aplicación de una ley transitoria en el marco de una violencia no resuelta.

En ese marco, la Misión entendió, a partir del contacto con las comunidades en el terreno, que para poder hacer de esta labor un proceso sostenible, era necesario comprender la realidad de las comunidades, aprendiendo de sus propias vivencias, respetando su diversidad, sus tiempos y sus experiencias; y apoyando en la construcción de sus propias alternativas, con respeto a sus decisiones.

Por eso, las víctimas de un conflicto son el sujeto fundamental de un proceso de pacificación. El sujeto fundamental de un proceso de pacificación no es la suerte que puedan tener algunos de los jefes responsables de los grupos como muchos han querido ver. El sujeto fundamental es la población, son las comunidades, son las personas que han sufrido la violencia en carne propia. Violencia que tiene contenido terrible y profundo para los que estamos comprometidos en el difícil proceso colombiano. Nunca debemos perder de vista el testimonio de miles de personas, madres sobretodo, y en esto va un homenaje muy sentido a la mujer colombiana que, con un enorme heroísmo, con una enorme fortaleza sobrelleva situaciones que a veces nosotros no estaríamos dispuestos a sobrellevar apenas una semana.

Durante estos años de trabajo, hemos conocido experiencias sumamente importantes de construcción de paz desde las comunidades. Solo para mencionar una de ellas. El caso de doña Pastora Mira, una mujer humilde que vive en el oriente de Antioquia, que después de perder a su padre y a sus dos hijos, decidió perdonar a quienes mataron a sus seres queridos, y hoy está al frente, junto a ellos, en una red de reconciliación, construida sin apoyo de nadie, solo con su voluntad y decisión de salir adelante y no dejar que continúe el ciclo de violencia. Entre las frases que hemos aprendido de Pastora, quiero compartir con ustedes ésta: "téngale miedo cuando los que tuvimos miedo ya no tenemos miedo, porque es el primer paso para reconstruir la historia". **Estos testimonios, estas experiencias, fruto de la reflexión de cientos de víctimas que aspiran a reconstruir su historia, inspiran, fundamentalmente el trabajo que realizamos en Colombia.**

Sin embargo, somos conscientes de que las comunidades, por si mismas, no están siempre en condiciones de construir un proceso de paz. Muchas veces el nivel de daño, social, psicológico y moral en el que está sumida la gente, y las muchas dificultades económicas hacen ver la tarea como imposible. Tras una prolongada exposición a la violencia, el tejido social y las relaciones vecinales y con las instituciones están, a menudo profundamente deterioradas.

En este contexto, la Comunidad Internacional tiene mucho que aportar. Pero para ello, es necesario que exista mayor coherencia y articulación para brindarles a las comunidades un apoyo y acompañamiento más efectivo en su ardua tarea de construcción de la paz. La

coherencia y la articulación de la Comunidad Internacional son aspectos fundamentales para contribuir a la generación de confianza y a la sostenibilidad de los procesos que surgen desde las propias comunidades, teniendo siempre en cuenta que son éstas, quienes desde su experiencia histórica, desde su larga resistencia a las distintas formas de violencia y desde la progresiva construcción de sus instituciones y de su democracia, las llamadas a liderar los procesos. El proceso no solo es sino que debe construirse de acuerdo con la experiencia, con los tiempos, con las buenas y las malas de los propios colombianos.

Para esto es importante poder comprender la complejidad y la realidad de estas comunidades; estar dispuestos a escuchar y a aprender con humildad.

Desde nuestra experiencia, estamos convencidos de que una mayor confianza de las comunidades hacia sus instituciones y la reconstrucción del tejido social, son el mejor de los antídotos para luchar contra la ilegalidad y la violencia y avanzar en la construcción de la paz.

La difícil tarea de perseguir y alcanzar la paz demanda no solo la participación democrática de la ciudadanía, el compromiso solidario de la comunidad nacional e internacional, y la concertación de políticas y estrategias para su consecución, implica también la utilización de herramientas que favorezcan el diálogo y la comprensión, en un proceso continuo y gradual, de soluciones integrales y sobre todo participativas.

Desde esas comunidades tal vez podamos acompañar mejor a las víctimas, respetándolas profundamente, evitando la manipulación del dolor que a veces, lamentablemente, se realiza sobre ellas, entendiéndolas, sabiendo exactamente qué es lo que sienten, qué es lo que piensan y qué es lo que quieren y cómo definen ellos por ejemplo, cosas como la reparación. Entendiendo también qué pasó, qué le pasó al país en todos estos años para que llegaran a este punto. Un viejito campesino en la zona de Sucre, decía: "yo lo único que quiero es que en Colombia y en el mundo se sepa la verdad para que nunca más se repita lo que hemos vivido, solamente que se conozca la verdad". A partir de esos testimonios nosotros podemos decir hoy, con toda convicción, que, a pesar de todas las dificultades, hoy los colombianos conocen mucho más lo que ha pasado, conocen mucho más de si mismos, conocen mucho más del país. Hoy los colombianos han emprendido un camino que no necesariamente tiene que terminar en la

impunidad, y hoy los colombianos están diciéndole al mundo que las personas que fueron dañadas por la violencia tienen derecho a la reparación.

3. LOGROS MAPP

En estos seis años hemos crecido a la par de las decisiones que han ido tomando los colombianos. La MAPP/OEA se ha ido adaptando a las necesidades de una coyuntura dinámica y cambiante.

Nuestras labores de acompañamiento, verificación, y articulación, rol que fuimos asumiendo poco a poco, se realiza fundamentalmente en el terreno, en las comunidades que fueron afectadas por la violencia y donde la presencia institucional ha sido débil o en algunos casos nula. Este contacto constante con las regiones nos ha permitido un conocimiento próximo de la realidad y del proceso mismo, logrando generar una mayor interlocución y articulación entre las instituciones y las comunidades.

En ese marco, la Misión verificó cada uno de los 36 actos de desmovilización de los bloques paramilitares, en el acompañamiento de los grupos desde sus lugares de acción armada hasta las zonas de desconcentración y desmovilización en el apoyo a la Oficina del Alto Comisionado en el sentido de la identificación de cada uno de ellos y en el inicio de su reintegración a la vida civil. Posteriormente participamos en la desmovilización del Ejército Revolucionario Guevarista, un pequeño grupo de 45 hombres, disidencia del ELN.

La Misión le hizo estrecho seguimiento a las más de 18 mil armas entregadas por las autodefensas, desde el desarme hasta la fundición; la Misión estuvo presente en todo el recorrido, desde su recogida, traslado, almacenamiento regional y luego central, hasta su fundición en diciembre del 2008.

Asimismo, hemos prestado constante acompañamiento, apoyo y asesoría a las entidades estatales competentes involucradas en el proceso de desarme, desmovilización y reintegración, así como a las autoridades locales y regionales relacionadas con la implementación de la Ley de Justicia y Paz, actuando como facilitador del fortalecimiento y posicionamiento institucional. De la misma manera, hemos contribuido a la articulación y coordinación entre las instituciones en todos los niveles, y entre éstas y la sociedad civil sirviendo de puente entre las necesidades comunitarias y la oferta institucional.

Hemos realizado más de 4.000 visitas de verificación debidamente documentadas en un sistema de georeferenciación, diseñado para dar seguimiento a las condiciones de seguridad en las zonas dejadas por los paramilitares.

La Misión fue la primera en llamar la atención sobre la importancia de visibilizar a las víctimas, y logró impulsar a las instituciones para llegar a una mayor cantidad de víctimas, así como para darles a éstas voz y facilitarles el ejercicio de sus derechos de verdad.

Hemos apoyado la visibilización de las mujeres víctimas mediante la creación de redes de mujeres, a los afrodescendientes mediante ejercicios de memoria histórica y dotándolos de apoyo judicial para la presentación de sus casos y a los pueblos indígenas, mediante actividades que reconstruyen la historia de resistencia pacífica, como es el caso de los Arhuacos, uno de los pueblos de la Sierra Nevada de Santa Marta, o mediante un trabajo destinado a generar recomendaciones para las reparaciones colectivas de los pueblos indígenas que se desarrolla con los indígenas Nasa.

El tema de género, afrodescendientes e indígenas es fundamental para la MAPP. Asimismo, se presta especial atención a la situación de DDHH y a la afectación de niños, niñas, adolescentes y jóvenes. Estos dos aspectos constituyen un eje transversal que impacta todas las labores de la Misión. En febrero 2010 el gobierno nacional pidió expresamente a la MAPP apoyo para acompañar la Comisión Intersectorial para la prevención del reclutamiento, labor que se venía desarrollando tácitamente, pero que se expresó de manera formal en el mandato.

La Misión ha monitoreado y acompañado más los procesos judiciales y las jornadas de atención a víctimas; espacios en que éstas han podido acceder a la verdad de hechos cometidos durante décadas de violencia paramilitar. Nuestra presencia en estas instancias supone una cierta protección y blindaje para las víctimas y permite cierta incidencia en su atención. Asimismo, hemos realizado grupos focales para determinar condiciones de acceso a la justicia de poblaciones vulnerables.

A nivel interno, para una Misión que se fue construyendo en el camino, los seis años han marcado un hito importante de revisión estructural, de ajustes que nos permitan trabajar de manera más eficiente y organizada, pero con la flexibilidad y adaptación que requieren

este tipo de misiones. Asimismo, es fundamental que cuenten desde el principio, con un apoyo estructural y presupuestario adecuado para su funcionamiento.

Esta misión se fue construyendo sobre la marcha. Inició la verificación del cese de hostilidades solo con 10 funcionarios, hoy la misión cuenta con más de 100 funcionarios en todo el país. Por eso, el año pasado decidimos implementar un nuevo modelo más institucional; implementar un modelo de control de gestión y profesionalizar el trabajo de los verificadores. La MAPP/OEA cuenta ahora con una estructura basada en la especialización temática, que permite adaptar las áreas de trabajo a la realidad del proceso y de las instituciones involucradas y facilita un desarrollo más profundo y equilibrado de los ejes del Mandato, la optimización de las actividades y un manejo eficaz de los recursos.

Actualmente contamos con 15 oficinas en el país, debido a la necesidad de tener una posición más estratégica sobre el terreno que proporcione una mirada más profunda de los fenómenos y las dinámicas del proceso de paz. En este sentido, la competencia territorial de las Oficinas ha aumentado considerablemente, cubriendo actualmente 29 de los 32 departamentos de Colombia. Asimismo, este sistema posibilita focalizar el trabajo en las regiones, priorizando el apoyo a aquellas acciones institucionales que tengan un mayor impacto sobre las comunidades. Estamos todos los días en los lugares mas alejados del país, donde pocos llegan, tendiendo puentes, generando confianza y escuchando a la gente.

Durante el 2009 con el fin de contribuir con la consolidación del nuevo modelo de gestión, se decidió de manera conjunta con Canadá, Holanda, Suecia y España iniciar un proceso de evaluación del trabajo de la Misión. Las conclusiones que arrojó este proceso permiten, después de 6 años, recoger los resultados de la labor que ha realizado la MAPP/OEA en Colombia, aplicar las lecciones aprendidas y potenciar las ventajas comparativas de la Misión. Durante este año la Misión está realizando un importante esfuerzo para automatizar la información generada, y se están incorporando metodologías de acción sin daño, género y gestión por resultados al trabajo cotidiano, esto con el fin de que su desempeño sea un aporte eficiente y real a este importante proceso y los impactos mucho mayores.

Por otro lado, hicimos un ejercicio de investigación con los múltiples actores con los que la Misión ha trabajado durante su presencia en el país, cuyos resultados quisiéramos compartirles. Queríamos una mirada externa que nos diera una idea del papel que jugamos y de lo que podemos aportar en este momento. Los resultados nos motivaron a seguir adelante. La impresión de instituciones, autoridades, organizaciones sociales y comunidades fue positiva: la presencia de la Misión en las regiones más afectadas por la violencia constituye un apoyo, un valor agregado a la labor que diariamente cumplen las instituciones en circunstancias muchas veces difíciles.

Otro valor agregado que resaltó el 98% de los entrevistados es el aporte de la Misión a través de la verificación y solicitaron que se profundizara, generando mayor incidencia, y participando en acciones que tuvieran una proyección sostenible. Además un 88% expresó su interés en que la MAPP/OEA siga trabajando con las víctimas y profundizando el acompañamiento a los proyectos de reparación, así como el seguimiento de la aplicación de la Ley de Justicia y Paz.

Uno de los objetivos de la Misión es el de seguir trabajando cada día por crear puentes de entendimiento y diálogo. Apoyar el reposicionamiento de las instituciones en las comunidades. Consideramos que generar un ambiente de confianza es un paso fundamental para que se den las condiciones para el desarrollo de procesos locales de construcción de paz.

Por último quisiera hacer una reflexión que intenta proyectar, a partir de la experiencia concreta de la MAPP, una visión renovada de la resolución de los conflictos armados. Y digo renovada porque intenta poner a las comunidades no solo como un apoyo a la construcción de la paz sino como constructoras de paz en sí mismas.

Siempre nos decía Caramagna, si nuestra tarea, enmarcada en el mandato de apoyar las iniciativas por la Paz, no se relaciona, de alguna manera, con la población que ha vivido la violencia en carne propia. Si para ellos nuestra propuesta no tiene significado alguno, estamos fallando. Nos estamos equivocando.

Esto es así porque, por lo general los procesos de paz se dan entre dos partes: el gobierno legítimamente constituido y el grupo armado ilegal. Casi nunca, actores de la sociedad civil o sectores de la población, paradójicamente los que sufren los rigores de la

violencia, son incluidos como parte activa en la construcción de los acuerdos. Por eso, las mesas de diálogo son dirigidas a los combatientes. Pero siempre, lo pactado por las partes no sólo tendrá consecuencias para la población, sino que en su implementación, las comunidades tienen un papel clave, central y determinante.

La consecución y mantenimiento de la paz no solo exige la eliminación de cualquier manifestación de violencia, sino que demanda un conjunto de medidas integrales que combatan eficazmente sus causas. Por lo tanto, es en las comunidades donde hay que desarrollar las iniciativas que permitan generar condiciones para que la sociedad en su conjunto pueda crear mecanismos, puentes y espacios para que la población y las áreas del país más afectadas por la violencia y donde es más evidente la debilidad institucional, vuelvan a creer, a confiar y a construir la paz que ellas mismas quieren y sean capaces de realizar.

La propia experiencia nos ha enseñado que una vez entregadas las armas y desmovilizadas las estructuras militares, es cuando se inicia la parte más importante del proceso, la reintegración comunitaria de los ex combatientes y el acompañamiento a las víctimas y comunidades afectadas por la violencia.

Para nosotros la sostenibilidad de estos procesos no sólo dependerá de que las partes cumplan lo pactado y de que sus propias agendas puedan desarrollarse, sino también de la posibilidad de que el nuevo escenario brinde condiciones a la comunidad para que reconstruya su tejido social y cambie su cotidianidad, pasando de un entorno de guerra, a una situación de paz. Las comunidades no son sólo un apoyo a los constructores de paz, las comunidades son constructoras de paz en sí mismas. Hay que escuchar a las comunidades que han vivido, viven y seguirán viviendo en las zonas más afectadas. Nosotros, algún día nos iremos, pero ellas seguirán allí. Por eso, ubicarlas en el centro del proceso exige superar el enfoque minimalista en la seguridad para considerar un enfoque maximalista que se dirija a superar la influencia de los actores armados en el entorno social, político y económico. Pero además se deben debilitar los factores de ilegalidad y fortalecer la legalidad, lo que implica no sólo una mayor presencia de la institucionalidad, sino la capacidad de una respuesta integral y articulada.

Pero para todo esto es necesario cambiar nuestra actitud, nuestra manera de mirar las cosas, nuestra manera de relacionarnos, de estar dispuestos a enfrentar la tarea desde

otra perspectiva. Tenemos que mirar cómo nos comunicamos con esa gente?, Desde donde les hablamos, Desde donde escuchamos lo que nos dicen? Desde nuestros prejuicios o por el contrario tendremos una actitud más abierta?. Tendremos la disposición a respetarlas y tomar seriamente sus experiencias y sus enseñanzas?. Creemos que la respuesta a algunas de estas preguntas constituyen todo un reto. Un cambio importante para comprender mejor la naturaleza de la realidad que tenemos por delante todos los días.

Finalmente, como Jefe de Misión de la OEA en Colombia quiero, reconocer y resaltar el importante esfuerzo de la institucionalidad colombiana, de la sociedad civil, de las comunidades y de aquellos desmovilizados comprometidos con el proceso, con miras a solucionar un problema que afectó gravemente al país. El proceso registra hoy unos logros innegables, la Colombia de hoy no es la misma que la MAPP conoció cuando llegó al país en 2004. El flagelo sufrido por las comunidades ha disminuido considerablemente, hoy las víctimas tienen la oportunidad, como nunca antes, de ser visibilizadas y obtener verdad, justicia y reparación. En perspectiva histórica, podemos afirmar que la desmovilización de las autodefensas ha marcado un hito trascendente en el difícil camino hacia la pacificación del país.

Muchas gracias.